

A person wearing a hat and a vest stands in a forest, looking towards a bright sunrise filtering through tall trees. The scene is misty and atmospheric, with sunlight creating a golden glow. The person is positioned in the lower center of the frame, looking away from the viewer into the distance.

# JOSÉ SMITH

— *la jornada de* —  
UN PROFETA

SUSAN EVANS MCCLOUD

© 2021 Susan Evans McCloud

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma, ya sea gráfica, visual, electrónica, película, microfilm, grabación de cinta, o cualquier otro medio, sin el permiso previo por escrito de la editorial, excepto en el caso de breves pasajes expresados en críticas o artículos de publicación.

Esta no es una publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Las opiniones y puntos de vista expresados en este documento pertenecen únicamente al autor y no representan necesariamente las opiniones o puntos de vista de Cedar Fort, Inc. El permiso para el uso de fuentes, gráficos y fotos es también responsabilidad exclusiva del autor.

Publicado por CFI, una imprenta de Cedar Fort, Inc.  
2373 W. 700 S., Springville, UT 84663  
Distribuido por Cedar Fort, Inc., [www.cedarfort.com](http://www.cedarfort.com)

Numero de control de la Biblioteca del Congreso: 2020931136

Diseño de tapa por Shawnda T. Craig  
Cover design © 2021 Cedar Fort, Inc.

Impreso en los Estados Unidos de América

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Impreso en papel libre de ácido

# *Índice*

PRÓLOGO POR ARDETH GREENE KAPP

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

EPÍLOGO

REFERENCIAS

SOBRE LA AUTORA



## Capítulo 1

*“ Si tenemos conocimiento de Dios, comenzamos a entender cómo allegarnos a Él...y qué tipo de ser debemos adorar. Cuando entendemos la naturaleza de Dios, y sabemos cómo acercarnos a Él, entonces Él empieza a manifestarnos los cielos...Cuando estemos dispuestos a venir a Él, también Él estará dispuesto a venir a nosotros.” (History of the Church, 6:303, 305-8)*

LA MAÑANA ESTABA FRESCA PARA SER EL COMIENZO DE LA PRIMAVERA, Y EL SOL era poco más que una promesa de calor en la alta franja de cielo gris.

El joven José caminó con largas zancadas intencionales a lo largo del sendero de tierra que llevaba a través de las fincas a la arboleda en el extremo más alejado de la granja de su padre. El mundo de los hombres estaba callado y sin agitación todavía. Él estaba solo con el mundo de la naturaleza, el cual era el mundo de Dios.

Durante muchos meses, José había observado con asombro los acontecimientos que ocurrían a su alrededor. Había escuchado los argumentos de los ministros de las fes contrarias—las maneras contrarias de entender a Dios. Asistía a las reuniones de la iglesia metodista, pero no encontró nada allí que le hablara a su necesidad más profunda. La confusión—la crueldad, hasta la malicia, de aquellos que decían representar a la Deidad—se reflejaba en las voces y en las caras de las personas que rodeaban a José. Ellas peleaban y discutían, día tras día, y José se daba cuenta de que este comportamiento tenía un efecto perturbador sobre su espíritu. Sabía que esta animosidad era errónea.

Él sentía con gran certeza que Dios no obraba de tal manera. Las vías de Dios eran apacibles, claras y verdaderas. Sabía que había algo mejor.

¿No había tenido su padre sueños y visiones por la noche? ¿No había orado su madre con fe cuando su necesidad era grande, y luego visto milagros?

En la santidad de sus propias palabras inspiradas, José nos dice:

Durante el segundo año de nuestra residencia en Manchester, surgió en la región donde vivíamos una agitación extraordinaria sobre el tema de la religión. Empezó entre los metodistas, pero pronto se generalizó entre todas las sectas de la comarca. En verdad, parecía repercutir en toda la región, y grandes multitudes se unían a los diferentes partidos religiosos, ocasionando no poca agitación y división entre la gente; pues unos gritaban: “¡He aquí!”; y otros: “¡He allí!”. Unos contendían a favor de la fe metodista, otros a favor de la presbiteriana y otros a favor de la bautista.

Porque a pesar del gran amor expresado por los conversos de estas distintas creencias en el momento de su conversión, y del gran celo manifestado por los clérigos respectivos, que activamente suscitaban y fomentaban este cuadro singular de sentimientos religiosos —a fin de lograr convertir a todos, como se complacían en decir, pese a la secta que fuere— sin embargo, cuando los conversos empezaron a dividirse, unos con este partido y otros con aquel, se vio que los supuestos buenos sentimientos, tanto de los sacerdotes como de los conversos, eran más fingidos que verdaderos; porque siguió una escena de gran confusión y malos sentimientos —sacerdote conteniendo con sacerdote, y converso con converso— de modo que toda esa buena voluntad del uno para con el otro, si es que alguna vez la abrigaron, se había perdido completamente en una lucha de palabras y contienda de opiniones.

Por esa época tenía yo catorce años de edad. La familia de mi padre se convirtió a la fe presbiteriana; y cuatro de ellos ingresaron a esa iglesia, a saber, mi madre Lucy, mis hermanos Hyrum y Samuel Harrison, y mi hermana Sophronia.

Durante estos días de tanta agitación, invadieron mi mente una seria reflexión y gran inquietud; pero no obstante la intensidad de mis sentimientos, que a menudo eran punzantes, me conservé apartado de todos estos grupos, aunque concurría a sus respectivas reuniones cada vez que la ocasión me lo permitía. Con el transcurso del tiempo llegué a inclinarme un tanto a la secta metodista, y sentí cierto deseo de unirme a ella, pero eran tan grandes la confusión y la contención entre las diferentes denominaciones, que era imposible que una persona tan joven como yo, y sin ninguna experiencia en cuanto a los hombres y las cosas, llegase a una determinación precisa sobre quién tenía razón y quién no.

Tan grande e incesante eran el clamor y el alboroto, que a veces mi mente se agitaba en extremo. Los presbiterianos estaban decididamente en contra de los bautistas y de los metodistas, y se valían de toda la fuerza del razonamiento, así como de la sofistería, para demostrar los errores de aquellos, o por lo menos, hacer creer a la gente que estaban en error. Por otra parte los bautistas y los

metodistas, a su vez, se afanaban con el mismo celo para establecer sus propias doctrinas y refutar las demás.

En medio de esta guerra de palabras y tumulto de opiniones, a menudo me decía a mí mismo: ¿Qué se puede hacer? ¿Cuál de todos estos grupos tiene razón; o están todos en error? Si uno de ellos es verdadero, ¿cuál es, y cómo podré saberlo?

Agobiado bajo el peso de las graves dificultades que provocaban las contiendas de estos grupos religiosos, un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice: *Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.*

Ningún pasaje de las Escrituras jamás penetró el corazón de un hombre con más fuerza que este en esta ocasión, el mío. Pareció introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón. Lo medité repetidas veces, sabiendo que, si alguien necesitaba sabiduría de Dios, esa persona era yo; porque no sabía qué hacer, y a menos que obtuviera mayor conocimiento del que hasta entonces tenía, jamás llegaría a saber; porque los maestros religiosos de las diferentes sectas entendían los mismos pasajes de las Escrituras de un modo tan distinto, que destruían toda esperanza de resolver el problema recurriendo a la Biblia.

Finalmente llegué a la conclusión de que tendría que permanecer en tinieblas y confusión, o de lo contrario, hacer lo que Santiago aconsejaba, esto es, recurrir a Dios. Al fin tomé la determinación de “pedir a Dios”, habiendo decidido que, si él daba sabiduría a quienes carecían de ella, y la impartía abundantemente y sin reprochar, yo podría intentarlo.

Por consiguiente, de acuerdo con esta resolución mía de recurrir a Dios, me retiré al bosque para hacer la prueba. Fue por la mañana de un día hermoso y despejado, a principios de la primavera de 1820. Era la primera vez en mi vida que hacía tal intento, porque en medio de toda mi ansiedad, hasta ahora no había procurado orar vocalmente.

Ahora, al caminar, José llevaba las palabras de Santiago como miel en su corazón, como luz en su mente: *pídale a Dios, quien da a todos abundantemente...*

En las perspicaces palabras de George Q. Cannon, “Sin saberlo, estaba esperando la hora en que llegara el mensaje divino a conmovier las aguas de su alma.” (*Life of Joseph Smith the Prophet* [Salt Lake City: Juvenile Instructor, 1888], 24).

José no tenía dudas de que una respuesta llegaría. Al entrar a la arboleda, la tierra estaba blanda bajo sus pies. En unas pocas horas, si el sol se saliera con la suya, la tierra se convertiría en un barro aguado. En la quietud, por encima del

canto de los pájaros, creyó escuchar el mismo aliento de los árboles, aunque no había viento y el aire estaba quieto.

Después de apartarme al lugar que previamente había designado, mirando a mi derredor y encontrándome solo, me arrodillé y empecé a elevar a Dios el deseo de mi corazón. Apenas lo hube hecho, cuando súbitamente se apoderó de mí una fuerza que me dominó por completo, y surtió tan asombrosa influencia en mí, que se me trabó la lengua, de modo que no pude hablar. Una densa obscuridad se formó alrededor de mí, y por un momento me pareció que estaba destinado a una destrucción repentina. (José Smith—Historia 1:15)

En la versión de Orson Pratt, escrita de sus recuerdos de las palabras del Profeta, mientras José seguía orando por la liberación, “la obscuridad se disipó de su mente; y pudo orar, en el fervor del espíritu y con fe” (de “An Interesting Account of Several Remarkable Visions and of the Late Discovery of Ancient American Records” [Edinburgh: Ballantyne and Hughes, 1840]).

José continuó,

Mas esforzándome con todo mi aliento por pedirle a Dios que me librara del poder de este enemigo que se había apoderado de mí, y en el momento en que estaba para hundirme en la desesperación y entregarme a la destrucción —no a una ruina imaginaria, sino al poder de un ser efectivo del mundo invisible que ejercía una fuerza tan asombrosa como yo nunca había sentido en ningún otro ser— precisamente en este momento de tan grande alarma vi una columna de luz, más brillante que el sol, directamente arriba de mi cabeza; y esta luz gradualmente descendió hasta descansar sobre mí. (José Smith—Historia 1:16)

A medida que la luz se acercaba y aumentaba en brillo, “de modo que, para cuando llegó a las copas de los árboles, todo el yermo, por cierta distancia alrededor, se iluminó de la manera más gloriosa y brillante—él esperaba ver consumirse las hojas y las ramas de los árboles, tan pronto como la luz hiciera contacto con ellas; pero, al percibir que no producía ese efecto, se animó con la esperanza de poder soportar su presencia” (Pratt, *Un Relato Interesante...*). Los elementos perduraron, y él, José, fue imbuido en la luz.

El hermano Pratt continuó: “Cuando descendió sobre él, le produjo una sensación peculiar en todo su sistema; e inmediatamente su mente se fue

alejando de los objetos naturales que lo rodeaban; y fue envuelto en una visión celestial” (Ibíd.).

### En las palabras de José:

No bien se apareció, me sentí libre del enemigo que me había sujetado. Al reposar sobre mí la luz, vi en el aire arriba de mí a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: *Este es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!*

Había sido mi objeto recurrir al Señor para saber cuál de todas las sectas era la verdadera, a fin de saber a cuál unirme. Por tanto, luego que me hube recobrado lo suficiente para poder hablar, pregunté a los Personajes que estaban en la luz arriba de mí, cuál de todas las sectas era la verdadera (porque hasta ese momento nunca se me había ocurrido pensar que todas estuvieran en error), y a cuál debía unirme.

Se me contestó que no debía unirme a ninguna, porque todas estaban en error; y el Personaje que me habló dijo que todos sus credos eran una abominación a su vista; que todos aquellos profesores se habían pervertido; que “con sus labios me honran, pero su corazón lejos está de mí; enseñan como doctrinas los mandamientos de los hombres, teniendo apariencia de piedad, mas negando el poder de ella”.

De nuevo me mandó que no me uniera a ninguna de ellas; y muchas otras cosas me dijo que no puedo escribir en esta ocasión. Cuando otra vez volví en mí, me encontré de espaldas mirando hacia el cielo. Al retirarse la luz, me quedé sin fuerzas, pero poco después, habiéndome recobrado hasta cierto punto, volví a casa. Al apoyarme sobre la mesilla de la chimenea, mi madre me preguntó si algo me pasaba. Yo le contesté: “Pierda cuidado, todo está bien; me siento bastante bien”. Entonces le dije: “He sabido a satisfacción mía que el presbiterianismo no es verdadero”. Parece que desde los años más tiernos de mi vida el adversario sabía que yo estaba destinado a perturbar y molestar su reino; de lo contrario, ¿por qué habrían de combinarse en mi contra los poderes de las tinieblas? ¿Cuál era el motivo de la oposición y persecución que se desató contra mí casi desde mi infancia? (José Smith—Historia 1:17-20)

El adversario deseaba destruir a José desde el principio. ¿Cómo podría hacer otra cosa? Este joven se convertiría en un formidable y convincente emisario de Dios el Padre y de su obra entre los hombres. Él sería quizás la fuerza más poderosa contra la que Satanás tendría que contender.

Sí, era el enemigo de José en los hechos y en la verdad, y el alma del niño ahora lo sabía y jamás lo olvidaría.

**You've Just Finished your Free Sample**

**Enjoyed the preview?**

**Buy: <http://www.ebooks2go.com>**